

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)



Los guardias y las conciencias

Existen muy pocas dudas de que nuestra sociedad de hoy está sufriendo una grave degradación de las conductas, lo cual es una consecuencia directa de la degradación de las conciencias.

Esta triste situación origina a la sociedad mucha inquietud, mucha amargura y mucho dolor, porque la degradación de las conductas es una fuente de injusticia, y la injusticia es una fuente del mal.

En unos casos leves, las conductas son, simplemente, irregulares, y producen molestias, desagrado y enojo. En otros casos graves, ya no se trata de conductas irregulares, sino de conductas extremadamente execrables o monstruosas. Tanto unas como otras producen en el ciudadano normal una permanente inquietud y desconfianza, que deterioran la convivencia.

Cuando uno se queda en casa, puede esperar que alguien -indeseado- penetre en su vivienda, descolgándose por un patio. Cuando uno camina por la ciudad, puede esperar que alguna mano de seda se deslice en su bolsillo, o que los ocupantes de algún vehículo le arranquen violentamente el bolso de la mano. Cuando uno entra en el portal o en el ascensor de su casa, puede esperar que algún navajero lo desvalije. Cuando uno va a poner su coche en marcha, puede esperar que se active algún explosivo colocado en su parte inferior. Cuando uno sale a pasear o a hacer carrera gimnástica, puede esperar que

unos desalmados lo introduzcan a la fuerza en un furgón, lo asesinen, y oculten su cadáver en las ruinas de una fábrica de ladrillos. Y puede esperar muchas cosas más, en cualquier lugar, a cualquier hora y en cualquier circunstancia.

El ciudadano, que se siente acosado, piensa, en su delirio, que harían falta más guardias que lo protegiesen. Piensa que debería haber un guardia en su casa en el momento en que el ladrón penetra en ella desde el patio. Y que debería haber otro guardia caminando detrás de él en la ciudad, para evitar que alguien meta la mano en su bolsillo. Y que debería haber otro guardia haciendo carrera gimnástica junto a él, para evitar que lo secuestren y lo asesinen. Y que debería haber otro guardia junto a él en cada una de las ocasiones de peligro, que son muchísimas.

En este estado anímico, lo lógico sería que cada ciudadano tuviese tres guardias a su servicio, para que en turnos de ocho horas lo protegiesen durante las veinticuatro horas del día. Esto supondría que, de los cuarenta millones de españoles, treinta millones habrían de ser guardias, para proteger a los diez millones restantes.

Y, aunque esto fuese así, el problema de la inseguridad no quedaría totalmente resuelto, porque harían falta más guardias para proteger las vías del ferrocarril, los postes del tendido eléctrico, las redes de agua potable, los puentes, etc., etc. Queda, pues, bien claro que

proteger todo lo que está en peligro, constituye una imposibilidad casi absoluta.

Por ese camino no vamos a ningún sitio, porque la solución al problema de la inseguridad y de la delincuencia no está en aumentar las fuerzas y los sistemas de protección, sino en desactivar la máquina del mal que hay dentro de las personas. Si lográsemos que dentro de cada persona hubiese un guardia que le impidiese obrar el mal, el problema quedaría resuelto de una forma rotunda y definitiva.

Esta sugerencia, dicha así, de plano, puede parecer una tontería, pero dicha con otras palabras, quizá no lo sea tanto. El truco estaría en lograr que la función que habría de realizar el guardia, dentro de la persona, la realizase lo que antiguamente se llamaba conciencia.

La conciencia es el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar.

Cuando -mediante una buena educación- se implanta una recta conciencia en una persona, se está fulminando un posible futuro delincuente. Y si esta operación de implantar rectas conciencias se repitiese con muchísimas personas, la futura población delincuente se reduciría drásticamente.

El ambiente de golfería generalizada que impregna y contamina nuestra vida actual, necesita -como remedio urgente- más guardias, más jueces y más cárceles. Y esto es hoy así de necesario, porque durante las dos últimas décadas, los ideólogos que han manipulado las escuelas y los me-

dios de comunicación, han dinamitado las conciencias y han ridiculizado los comportamientos éticos.

Ahora, al cabo de veinte años, la mala semilla que se ha sembrado en las mentes y en los corazones de los niños y de los jóvenes, está dando sus frutos de amargura y dolor. Y lo grave es que, como hoy se sigue sembrando la misma semilla, en el futuro seguiremos recogiendo la misma cosecha.

Ahora, que ya conocemos perfectamente el pro-

ceso completo, desde la siembra ideológica, hasta la manifestación de las graves patologías del comportamiento, quizá haya llegado la hora de hacer una profunda reflexión crítica acerca de las ideas que, en un pasado reciente, la sociedad española acogió con inmenso júbilo.

El posible cambio político que se vislumbra puede ofrecer una oportunidad de oro para reconducir las corrientes educativas por cauces más acordes con la dimensión moral del hombre.

Para enfrentarse con dignidad y con ilusión al nuevo milenio que ya casi asoma, nuestra sociedad necesita revitalizar sus valores morales adormecidos, y recuperar el tesoro de su vieja estirpe de reciedumbre e integridad. Ese es el nuevo progresismo que ha de guiar nuestros pasos en los albores del tercer milenio, en sustitución del que ya ha caducado, después de una infausta andadura.

(*) Profesor de Investigación

Vertical text on the left margin, likely a page number or reference.

Vertical text on the left side of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.

Vertical text in the middle of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.

Vertical text on the right side of the page, appearing to be bleed-through from the reverse side.